

sabe que el menor elogio dedicado por el inventor á su producto, polvos para los dientes ó píldoras para los resfriados, neumáticos para bicicletas ó maquinillas para afeitarse, es siempre este : *¡beats everything in the world!* Tiene que batir un *record*, sea el que fuere, en el mundo. El epíteto con el cual había yo al azar magnificado la galería de Kennedy no era, pues, para desagradarle. Esta grosera lisonja provocó primero un empuje más vigoroso en las bocanadas de humo que seguía sacando á su cigarro obelisco. Amarga sonrisa crispó sus afeitados labios. Luego me dirigió esa mirada impenetrable que contiene desafío, chocarrería y esta cortedad arrogante que los americanos sienten con tanta frecuencia con los europeos. Menosprecian nuestras razas viejas, pero éstas los intimidan.

— *¡Well!* escapa usted con ingenio. También tendrá usted la fotografía. Si no se hubieran llevado el cuadro, yo se lo enseñaría con todo desahogo. Pero la fotografía bastará para convencerle de que es un original. ¿No se ofenderá usted de lo que le voy á decir?... añadió. Hice una señal de denegación, dijo entonces : « Si verdaderamente hubiera ese parecido con el cuadro que usted pintó en Roma hace veinticinco años, tendría usted otro lugar en el arte. » Me inclinó. — « Además hubiera usted conocido este cuadro al primer golpe de vista. Se le hubiese escapado un grito, un gesto... No hablemos más, los negocios son los negocios. Si no hubiera comprado el cuadro, tendría usted la suerte de hacerme dudar y de quitármelo. Pero lo he cogido. » A este punto de su discurso se echó á reír, esta vez en voz alta. Adelantando la quijada hizo el ademán de atrapar con la boca. « Sí, ¡lo agarré! repitió, y soy como los perros dogos : cuando clavo el diente, no suelto la presa.

## XI.

Así es que ni el ladrón ni el robado, la señora Ariosti y Ralph Kennedy habían querido confesar : ella su estafa y él su... ¿cómo decir? ¡Vaya ! el pintamonas suelta la palabra... su majadería. Me seguía pareciendo la aventura tan divertida, que sentí el capricho de efectuar el mismo ensayo en Courmansonel. Completa resultaría la comedia si él tampoco quisiera creermé. Cuando después de los cincuenta años se echa uno á pilluelo, ya no se tiene medida. El hotel donde acababa de tener este extraordinario diálogo con el coleccionista de cuadros, no se hallaba muy lejos del mío. Almorcé de prisa en el primer, restaurant que hallé. Cogí un coche, impaciente por encontrar al joven antes de que saliese de su fonda. Sabía que á eso de las tres tenía que ir al museo Poloti-Pozzoli para comunicar á los miembros del comité de compras su opinión acerca de un cuadro que se les había ofrecido, en su calidad de « ¡autoridad » en materia de pintura lombarda ! Mientras que el *brumista*, como llaman á los cocheros en Milán — ¿el célebre lord Brougham, conocería su nombre así variado? (1), — apresuraba como podía á su caballo, me preparaba mentalmente á saborear un delicioso placer de mixtificación. Hay algo parecido creo en Musset :

C'est un chat qui taquine et qui tue à plaisir  
Un misérable rat dont il a le loisir...

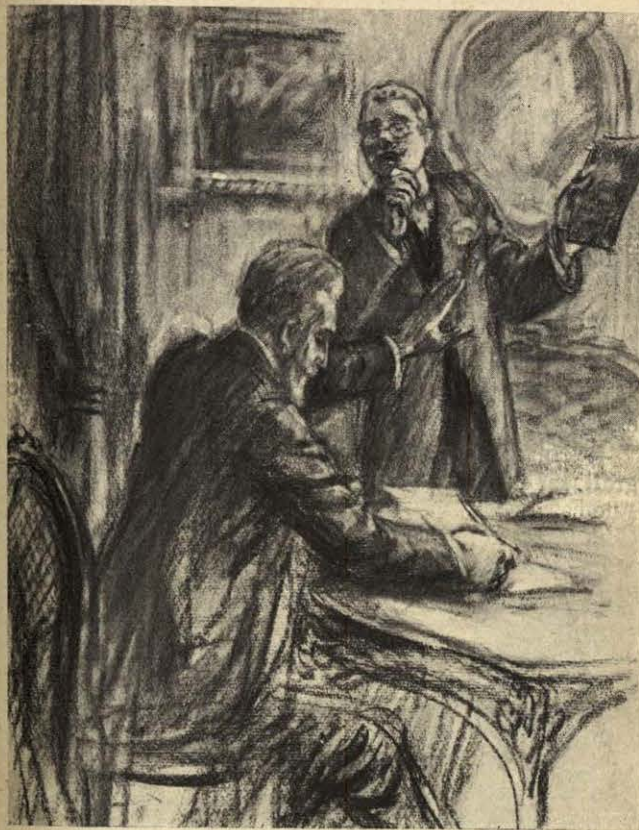
Yo no quería renovar la escena de Kennedy con el cual mi brusca franqueza había tenido tan mal éxito.

(1) Lord Brougham ha dado su nombre á un coche, de cuyo nombre los milaneses han sacado *brumista*.

Se lo he dicho á usted; mi conciencia estaba ya tranquila. El escrupuloso centro O, había hecho lo imposible para impedir el trato. Este majadero de polígono podía distraerse ya con toda libertad. Se trataba de sugerir la duda al « joven y ya eminente crítico de arte » y de llevarlo por un camino de circunvalación hasta un punto en el cual él mismo exclamase : « ¡ Luego el cuadro es falso ! » Un plan entero se esbozaba en mi pensamiento, el cual de antemano me divertía como antiguamente las bromas de taller. Señora, mi corazón á menudo ha latido demasiado aprisa cuando en París llegaba yo ante cierta puerta de cierta calle, á lo largo de cierta plaza y preguntaba al mayordomo ¿ Está la señora \*\*\* ? » Latía mucho menos, pero algo sin embargo, al llegar delante de mi morada de paso, que era también la del inventor de Cristóforo Saronno, cuando contestó á mi pregunta el portero diciendo : « Puede usted subir, caballero. El número ciento catorce no ha salido. » Sentí una verdadera alegría; la de un niño que va á poder hacer una picardigüela.

— Si después de ésto no se cura de la manía de desbautizar á los Leonardos, pensaba mientras el ascensor maniobrado por un negro en traje egipcio, me subía al cuarto piso, no será por mi culpa. Y en voz alta, en cuanto el personaje me abrió la puerta del ciento catorce : « ¿ Es un *Tiépolo* ó un Veronés?... » pregunté al maestro Courmansel señalándole con un ademán el *Otelo* del *elevator*, (estilo Kennedy) « ¿ Usted sabe la noticia? » contestóme el iconoclasta sin hacer caso de mi broma acerca de su manía : « — ¡ Kennedy tiene el cuadro ! »... El señor Boudron no ha querido escucharme; ¡ esta obra maestra ha marchado para América... Acabó la marquesa por sacar de él setenta y cinco mil francos y á nosotros nos lo daba por cincuenta...

Su semblante expresaba una desesperación tan cómica, dada la situación, que algún mérito tuve en no revolver el puñal en la herida, contándole que acababa de separarme del exaltado vencedor de esta lucha á propósito de mi « imitación ». Manoseaba con gesto febril, al lamentarse de este modo, dos grandes fotografías donde me pareció conocer á mi Ginebra bautizada por la vindicativa maldad de Pappalardo y la propia torpeza de Courmansel,



*Un falsario ha pintado, exclamó... (pág. 84.)*

como una princesa de la corte de los Valois. No me había equivocado. La sutil señora Ariosti no era en vano la compatriota del autor de *El Príncipe*. El primer cuidado suyo, después de vender el cuadro, había sido dirigir al crítico de arte la reproducción negada hasta el presente. Contestaba en esta forma, por anticipado, al testimonio que Varegnana y yo podíamos sostener contra

ella. Remitir este documento por propio impulso en tales manos, ¿no era declarar que no tenía la menor duda acerca de la autenticidad del cuadro?

— La lanza de Ajax curaba las heridas que ella misma hacía, me dijo Jorge después de haberme explicado el procedimiento, tan correcto en la forma y tan pérfido en el fondo, que había usado con él la sutil hembra... Este regalo está destinado á operar el mismo milagro. Para el historiador de Cristóforo Saronno son de inestimable precio. ¿Creerá usted que la marquesa acaba por el contrario de ahondar la llaga?... Examine usted estas pruebas — y eso que no son muy buenas. — Verá usted qué obra maestra hemos perdido. Hablo en plural, pues la galería del señor Boudron es mi obra en gran parte. He vivido entre esos cuadros, vivire más aún... Y los daría todos por este...

— Haría usted mal, dije fingiendo estudiar la fotografía como me lo pedía él. Acechaba el efecto de mi frase. Fué casi lo mismo que si hubiera disparado con una pistola Flobert contra un rinoceronte. El crítico se encogió de hombros, y contestó.

— ¡No, no hubiera hecho mal!... El Juan Bellin del señor Boudron es hermoso, convengo en ello, pero no es el Juan Bellin de los Frari. Su Cosimo Tura es curioso, pero no es el de la colección Layard. Su Francisco di Giorgio no vale los de Siena... En vez que esto... — y había vuelto á tomar las fotografías con las cuales se hipnotizaba, esto es la pieza única, la joya que no sufre comparación.

— Siempre que no haya dudas acerca de su autenticidad, contesté. Esta vez la insinuación era tan directa que no podía dejarla pasar. Había ensayado la bala de fusil, pero el rinoceronte no la distinguió mucho de la anterior.

— ¡Ojalá tuviera duda!... exclamó Courmansel: tendríamos el cuadro. Lo decía delante de usted al señor Boudrón. Tenía la misma opinión. Comprendo ahora por qué meneaba la cabeza delante de esta admirable pintura. ¡Ah! Sabe comprar; es un comerciante. Yo no soy más que un crítico; no puedo ocultar mi pensamiento. Me parece que no tengo el derecho de callarme. ¡El *Método* antes que nada!...

— ¿Cómo? interrumpí yo. ¿Usted supo que el señor Boudrón?...

— ¡Oh! contestó él. No supongo nada. Sabe comprar y nada más; se lo repito. Se alaba de ello á menudo y tiene razón. Lo verá usted, y también su cólera. Ha ido á casa de la señora Ariosti para procurar desbaratar el trato... Así es que...

— ¡La comedia tiene cinco actos! pensé yo. ¿Qué le habrá dicho la sublime marquesa?... Y en voz alta: Y bien, yo que no he tenido nunca entrevistas acerca del cuadro, y cuya sinceridad no le puede caer en sospecha por este motivo, le afirmo que este pretendido Cristóforo es dudoso para mí, muy dudoso...

— Yo quisiera conocer sus razones, contestó Courmansel con ironía. Por fin volvía yo á encontrar la soberbia que me había llamado tanto la atención en la primera noche que habíamos pasado juntos con su suegro, cada vez que se trataba, no de él mismo, si no de sus ideas y del *Método*. ¡Con qué acento había pronunciado las sílabas sacrosantas! Y de nuevo me presentaba las fotografías, con el gesto de los caballeros de las Cruzadas, cuando lanzaban el guante á un infiel.

— ¿Mis razones? Tengo varias, volví á decir estudiando en su cara el efecto de mis revelaciones progresivas: « La primera está sacada del modelo mismo. La mujer representada aquí es una italiana y una italiana de hoy. Jamás esta boca, estos ojos, esta barbilla han pertenecido á ninguna gran dama. Veá usted... Mi segunda razón es el evidente trabajo que ha sufrido esta pintura. Ha sido arañada de propósito. Luego le han pasado una especie de barniz-mastic. Prueba de ello la simetría de todos estos arañazos. Este es el mayor signo de artificio. Los falsarios se exceden. Fabrican un objeto envejecido de sobra. Un verdadero cuadro hubiera tenido sitios muy estropeados y otros que lo estuvieran menos... En fin, las letras supuestas por usted, bailan en la firma. Tiene usted en el principio de la inscripción X... R... US, con dos intervalos entre la X y la R, luego la R y la sílaba US. Usted coloca una F en el primero de estos intervalos. Hay lugar para dos letras y un intervalo. Usted no coloca nada entre la R y US. Hay sitio para una letra. — ¿Ve usted? Y sacando

un lápiz del bolsillo tracé, en una hoja de papel, el detalle de la verdadera inscripción, la que había compuesto yo mismo antaño :

P. X. T. F. RIUS.

Y traduje : *Pinxit Falsarius...*

— *Un falsario ha pintado*, exclamó estallando en una risa alegre que me probó que la bala de cañón — porque era una bala de cañón esta vez — no había hecho siquiera un cardenal en el cuero del rinoceronte. Perdone, querido maestro. Yo no tengo intención de ofenderlo. Pero cada uno tiene su oficio, ¿no es verdad? Usted es el competidor de los Ingres y de los Delacroix. Él no citaba otros nombres, tratándose de pinturas modernas. Yo no soy más que un sabio, un aprendiz de sabio, mejor dicho. Pero cuando se sabe á la edad de catorce años el cuadrado de la hipotenusa, se sabe lo mismo que si se tuviera cincuenta, sesenta ó setenta... La Crítica — y su fisonomía expresó de nuevo el irreductible orgullo — tiene su certidumbre tan absoluta como la de la geometría. Tiene sus leyes que no sufren excepciones. Una de estas leyes, y es absoluta, es que jamás un falsario, al fabricar el objeto falso, nunca, entiende usted, introduce en ese objeto voluntariamente un signo que sea la prueba de esa falsedad. Es la evidencia misma : *No se fabrica un objeto falso sino para engañar; sin eso no se fabricaría.*

— Y usted no admite un caso muy sencillo por cierto. Un joven artista se halla en Roma, por ejemplo. Tiene una querida, y necesita dinero. Un anticuario le encarga que haga un cuadro falso. El artista tiene algunos escrúpulos; pero los pasa por alto porque está enamorado. No consiente en ver en esta imitación más que un estudio de los maestros antiguos. Sin embargo, para poner su conciencia enteramente en paz, señala su obra con el pequeño signo que debe denunciar la falsedad... Y tenemos, — con el dedo le completaba la demostración sobre las fotografías mismas : — P. X. T. F. RIUS. M. PARISIENSIS. M. *parisiense y falsario pintó el retrato.*

Ya no era una bala de cañón, sino un bombardeo. El rinoceronte no estaba aun agujereado. Su coraza estaba tan hermética, tan compacta, tan ilesa que la mimica

mía, el sonido de mi voz al pronunciar la M, primera letra de mi nombre, mi guiño que tan claro significaba : « pero si el falsario soy yo », todas estas indicaciones multiplicadas á placer, no le daban siquiera un ápice de duda.

— Es muy ingenioso, contestó riendo del modo más alegre. Esta conversación técnica lo había distraído de su desesperación. No era á las artes á las que amaba. Tan sólo, á propósito de las artes, las discusiones del género de ésta. Pero, siguió, he aquí una de las leyes de la Crítica y que los ignorantes no sospechan siquiera. ¡ Ay ! perdone usted, estamos hablando de ideas. *Todas las explicaciones ingeniosas son falsas...* Comprendo, querido maestro, dijo con una mirada que él creyó agudísima, que usted quiere, como se dice vulgarmente, tomarle el pelo á un pobre diablo de crítico de arte, á quienes tienen antipatía, ustedes los pintores. Ustedes piensan que nos metemos en lo que no entendemos porque no practicamos la técnica... Permitame usted que entre en su paradoja para demostrarle de qué modo llegamos á la verdad. Examinemos su hipótesis acerca del origen de este cuadro. Primera imposibilidad : no se puede tener conciencia á medias. *No hay ladrón honrado.* Si su artista ha tenido el escrúpulo de querer que su falso cuadro fuera señalado, no ha hecho el cuadro ó bien no hay leyes de la naturaleza humana, y pues las hay estas leyes psicológicas, el crítico de arte también debe tenerlas en cuenta. La ley, siempre la ley, esta es la Ciencia... Segunda imposibilidad : El anticuario que encarga un falso cuadro es un inteligente, un perito. No acepta una pintura firmada de modo misticador y el pintor no se arriesga á llevársela. Pues ¿ á qué se reduce su objeción? Á esto : que las letras de la firma están demasiado separadas. Y bien, están demasiado separadas, bueno, es un hecho y el Método... (¡ Ah ! estaba ya demasiado cómico por lo solemne) y el Método consiste primero en aceptar el hecho. Otro hecho : que las grietas de este cuadro son muy semejantes entre sí. Lo son, ¿ y qué?... En cuanto á la fisonomía de la mujer vaya usted mañana á casa del señor Crespi á ver su magnífico retrato de la reina Cornaro atribuido por unos á Ticiano y por otros á Giorgione. Para mí es... ¡ poco importa ! Tomó la expresión del descubridor de tesoros

que guarda celosamente su secreto á fin de no ser despojado. En todo caso es la reina Cornaro. ¡Y es una pescadora del muelle de los Esclavones de 1906!... Usted ve. Nada se mantiene de pie en sus objeciones. He aquí bronce, como decía el emperador acerca de sus victorias. No ignora usted que Leonardo era una especie de alquimista, siempre inventando. Estos caprichos nos han costado caros. Si no hubiera usado el *stucco lucido* en vez del *intonaco* tendríamos todavía los cuatro retratos que ejecutó para la gran pintura al fresco de Donato Montorfano en el refectorio de Santa María de las Gracias. El Montorfano sigue ahí todavía. Ya no hay Leonardo, y eran estos cuatro retratos: Ludovico el Moro con su hijo mayor Maximiliano y Beatriz Sforza con su niño más chico Francisco. ¡En fin he pensado — ¡oh! es muy sencillo, pero es otra vez el huevo de Colón, — pensé que tal hombre preparaba ciertamente de un modo que le era personal sus lienzos y sus tablas... ¡Y he descubierto este modo! Untaba primero el fondo con una substancia cuya composición creo que conozco, es un descubrimiento mayor que el de Cristóforo, ¿no es verdad? Calcúlese: un modo seguro de distinguir sin denegación posible, primero todos los cuadros auténticos de Leonardo, y luego de sus discípulos directos. ¡Porque el Vinci es uno de esos magníficos genios generosísimos que no reservan las migajas de su festín! Todos los jóvenes pintores que se han acercado á él han participado de su procedimiento y lo han aplicado, de ahí esos tonos tan particulares de esta escuela y que proviene de la penetración de los colores por dicha substancia. Uno de mis colegas de la escuela normal, que es químico, ha estudiado dicho problema por mí en un Gian Petrino de la colección Boudrón... El primer cuidado mío, cuando he podido examinar el Cristóforo Saronno de la marquesa, ha sido el averiguar si la madera recibió una preparación anterior, pues ha sufrido una. Usted me dirá: ¿Pero es la misma? Sí, es la misma, ya que en todos los cuadros de esta escuela se halla y por cierto los tonos lo indican. Hay un cierto verde del cual no puedo dudar como no dudo de la existencia de usted. ¡No es posible más que con el procedimiento vinciano!... Objetará usted todavía que

Morelli, del cual soy discípulo, era muy opuesto á estas rebuscas técnicas, á este análisis de la paleta, según su término. Hemos ido más allá de Morelli. Hemos hecho la crítica de su crítica con su propio método. Le propongo pues el dilema siguiente: Ó bien este retrato es de la escuela de Leonardo, ó bien ha sido fabricado por un falsario que había sorprendido el secreto de la preparación química — usted me oye bien, química — de la cual usaba Leonardo. Pero si hubiera sorprendido este secreto, este personaje lo hubiera contado. Uno de los innumerables críticos de arte que abundan en Roma y en Londres se hubiera enterado. Es un descubrimiento de inmensas consecuencias; lo he hecho yo. Por consiguiente este cuadro no es una imitación, es del principio del siglo xvi. Es lombardo. Es de Cristóforo. No son hipótesis, son inducciones tan ciertas en sus consecuencias como teoremas de geometría. ¿Dirá usted todavía que hago mal en deplorar que una pieza tan auténtica se vaya á tierra salvaje cuando podía estar en Francia y casi en mi casa?

— Ya no lo digo más, contesté yo casi estupefacto de admiración delante del talento extraordinario que acababa de desplegar para cegarse completamente. Se levantó y como un protector, dijo: « Á lo menos es usted de buena fe... No como ciertas personas... ¡Ah! me ha aliviado un poco el discutir con usted. Falta me hacia. Usted me dispensará... No tengo más que el tiempo preciso para llegar al museo Poldi donde me están esperando... Me temo que no se hayan dejado engañar comprando por un Foppa una copia ultramoderna... ¡Estos mercachifles son hoy tan hábiles! »

Y van tres! dije al bajar al *hall* del hotel. Si sigue así llegaré á creer yo mismo que Ginebra fué dama de honor en la corte del rey Francisco I heroico y galante, y que yo he soñado... ¿Le confesaré, señora, que al balancearme de nuevo en una *rocking-chair* con la desenvoltura de un compatriota de Kennedy y saboreando la intensa ironía de esta aventura toda, no tenía ojos más que para la puerta del hotel? Y estaba esperando, ¿á quién? Adivinó usted: al señor Boudrón en persona, al nuevo árbitro al cual era menester, ¿oye usted, señora? era absolutamente necesario que le contase mi historia y sometiese mi testimonio. ¿Por qué? ¿Empujado por qué genio perverso? En mi primer encuentro con el pretendido Cristóforo y cuando mi grito de reconocimiento hubiera sido la prueba indiscutible de la cual ni la señora Ariosti, el americano y Courmansel mismo hubieran desconocido la verdad, había ahogado este grito. La sola idea de un conflicto entre el joven y el padre de Cristina, y luego de estos esponsales desbaratados, había cerrado mis labios. Mis motivos para callarme eran idénticos. Solamente ya no los sentía. Tenía un deseo demasiado vivo de oír al modisto coleccionista decirme también á su modo: « ¿Este cuadro falso? Vamos, vamos, usted se chancea... » Además, acababa de tener una conversación con esta incomparable embustera, trapacera entre las trapaceras... — ¡Vivat Mascarilla, *four-bum imperatrix!* ¡ La asombrosa, la sublime marquesa! ¿Cómo resistir á la curiosidad de conocer la maniobra de esa diestra mujer en ese trance dificilísimo? ¿Qué actitud habría adoptado ese Maquiavelo femenino con un aficionado notable, futuro suegro de un crítico de arte más



Puso su mano en los ojos de los cuales... (pág. 92.)

notable aún y que me conocía á mí y á Varegnana? Sin duda habrá pensado que hablaríamos al señor Boudrón, que íbamos á felicitarle por haber perdido esta ocasión de añadir á ese museo un falso cuadro. Tales revelaciones, cayendo en el oído de un comprador despojado y furioso, podían traer consecuencias aún más desagradables. La marquesa y su chichisveo, el sutil y peligroso San Cataldo, ciertamente habían previsto estas eventualidades. ¿Cómo se habían puesto á la defensiva? Iba á saberlo yo y en seguida á desinteresarme de ello para no conservar más que un solo sentimiento : la admiración por ese milagro vivo que se llama amor sincero. Casi se puede rimar esto, y desde aquí me parece que la estoy viendo á usted señora, con aquella sonrisa en los labios que tantas veces ha pasado por ellos cuando su inútil y loco servidor le hacía adivinar, no ya su culto por usted, sino su fe profunda é indestructible en la divinidad del amor. Usted llegará á creer en ello también, como tantos otros, cuando ya sea tarde. Le decía al principiar este relato, que no tenía otro fin que el de distraerla durante una hora. No es verdad. No he escrito estas páginas sino para llegar á ésta que contiene toda la moraleja de la historia. Hubiera podido intitularse, como un proverbio del teatro de *Madame* : « No se puede engañar á un corazón que ama. » Escuche usted y no se burle más, por mucho que el sentimentalismo de un pintor quincuagenario, entretenido en *rocker* á la americana en el *hall* de un hotel cosmopolita, se preste á la chanza, convengo en ello. Riase usted de mí entonces, pero no de Cristina. Porque seguramente ha adivinado usted que va á volver á escena. Estaba yo, pues, allí acechando la puerta cuando vi aparecer á Boudrón, y detrás de él á la novia de Jorge Courmannel. El padre dirigía la palabra á la hija con una cara y unos gestos que revelaban un furor mal contenido. Estaba tan absorto en su pensamiento que parecía no darse cuenta del lugar donde se hallaba. Pasó junto á mí sin verme, y oí que decía : « ¡ Te repito que no tiene excusa !... » Cristina, por muy emocionada que estuviera por esta escena, me había visto. Comprendí por un movimiento que reprimió en seguida, que había pensado dirigirse hacia mí.

Luego siguió al señor Boudrón en el ascensor, cuya jaula se hallaba — felizmente — á la otra extremidad del *hall*. No habrían pasado cinco minutos cuando, con un estupor que pronto se cambió en profunda lástima, la vi reaparecer. Bajaba corriendo la escalera. Había empleado el tiempo justo de entrar en su habitación y de salir volando. Llegaba hacia mí ruborizada por el pudor y la emoción. ¡ El paso que arriesgaba con un desconocido ó casi tal era tan atrevido ! y sin embargo no podía prescindir de intentarlo :

— Señor, empezó con acento de ruego, perdóneme usted si me permito dirigirle una pregunta... ¿ Es verdad lo que la señora marquesa Ariosti ha dicho á mi padre? Que usted la ha prevenido de que el cuadro que queríamos adquirir, ese Cristóforo Saronno, nó era auténtico?...

Me estaba mirando al pronunciar esta frase con sus dulces pupilas que se habían vuelto negras, pues tal era su emoción que, al dilatarse, abarcaban todo el iris. Y lei en el fondo distintamente *¡ que ella sabía que el cuadro era falso, y no quería saberlo !* Helo aquí ese milagro vivo del amor del cual le hablé. Esta ignorante, que quería á su novio con apasionada ternura, no podía menos de ver claro, porque se trataba de él. Y como todas las enamoradas de todos los tiempos, imploraba, suplicaba que se le mintiese contra su propia evidencia. Reconocer como falso el cuadro significaba la desesperación de su novio y también la irritación de su padre que tomaría pretexto de este error para retirar su palabra. Era la antipatía secreta, que existía entre esos dos hombres, evidenciada de repente y una ruptura tal vez irremediable. Fulguraba en sus ojos el terror de esta tragedia doméstica y — sigue el milagro — también una esperanza. *Lo mismo que sabía que el cuadro era falso, sabía también que yo era el amigo de su amor.* Habíamos conversado juntos una vez apenas, y esta certidumbre de su instinto era absoluta en la crisis que sentía venir; esta adivinación la hacía dirigirse á mi simpatía para obtener ¿ qué? Le hubiera costado trabajo formular una pregunta precisa. Pero estaba seguro de que yo obraría en toda la extensión de la posibilidad, y sin

esperar mi respuesta siguió poniéndome al corriente de los acontecimientos.

— Sí, decía, la señora Ariosti pretende que el conde Varegnana ha ido de parte de usted á informarla de que el cuadro era falso y que usted daría la prueba de ello. Este paso — es la marquesa la que habla — la ha indignado. Ha creído ver en ello una maniobra nuestra para obtener una rebaja de precio. Estaba casi comprometida con mi padre. Se consideró como libre y aceptó la oferta del señor Kennedy... ¡Oh! no ha dicho eso de pronto. Empezó por recibirnos muy friamente con alusiones intencionadas que han exasperado á papá. ¡Es tan leal! Le ha obligado á esta confesión... Entonces — y su voz se hizo más temblorosa aún, — entonces tuvo un acceso de verdadera pena ante la idea de que se le hubiera podido creer capaz de tal procedimiento. Sabía que usted había sido llevado á casa de la señora Ariosti por el señor Courmansel. Pensó que ciertamente usted había participado á éste sus dudas acerca del cuadro. Se imagina que el señor Courmansel le ha ocultado el testimonio de usted para no confesar que se había equivocado... ¡Ah señor Monfrey, soy muy desgraciada!

Puso su mano en los ojos, de los cuales vi salir dos gruesas lágrimas que trazaron dos rayas en sus ardientes mejillas. En seguida se dominó y obligó su boca á una temblorosa sonrisa mientras le contestaba yo:

— La señora Ariosti es una mujer abominable, abominable, repetí. Si hubiera visto una escopeta dirigida hacia esta niña encantadora, ¿hubiera vacilado en desviar el arma? No vacilé, pues, en añadir: « Ha faltado á la palabra dada á su padre y ha inventado toda esta historia para disculparse... »

— ¿Inventado? repitió Cristina. Leí entonces un estupor en sus ojos. ¿Qué había esperado al dirigirse á mi? No esta radical denegación, seguramente. ¡Y yo mismo hubiera protestado si se me hubiese dicho diez minutos antes que iba á anular para siempre mi testimonio acerca del origen del falso Cristóforo, y que iba á entrar de lleno en esta vasta conspiración, organizada con el fin de dotar á Solario de un fantástico alumno y al arte italiano de un pintor fabuloso! Sin embargo, seguía escu-

chando á la muchacha que proseguía trémula: « ¿Entonces Jorge no se ha equivocado?... Usted cree que el cuadro es auténtico... ¿Usted está dispuesto á afirmarlo á mi padre? »

— Estoy dispuesto, contesté. Estaba decidido á todo y sin remordimientos; estaba dispuesto, no ya á quemar mis naves, sino una armada entera por ver la alegría iluminar de aquel modo aquella linda carita... « ¿Quiere usted que suba á decirselo al señor Boudrón en seguida? Me doy cuenta de lo que ha ocurrido. El conde Varegnana y yo hemos conversado acerca del cuadro á propósito del retrato que posee... »

— ¿La Casandra dei Rangoni, aquella que el señor Courmansel tanto estudió? preguntó ella.

— Precisamente. Expresé dudas acerca de la identidad entre el pintor de este retrato y el del cuadro Ariosti. La marquesa se habrá enterado, y se lo repito, le habrá parecido cómodo faltar á su palabra aparentando creer que esas dudas se relacionaban con la autenticidad misma del retrato. Al señor Courmansel no le he vuelto á ver entre la visita que hemos hecho juntos al palacio Ariosti y el momento en que Kennedy ha comprado el cuadro. Luego no le había comunicado, pues, mi idea. En todo caso no hubiera podido avisar á su señor padre... Todo esto se le dirá tal como se lo cuento... Se lo repito, voy en seguida...

— No, contestó, déjeme antes conversar con papá á solas... ¡Pero qué contenta estoy, Dios mío!... Y juntó ambas manos en un arranque de gratitud con un gesto casi infantil. Usted sabe, señor Monfrey, que muchas veces se llena la cabeza con un mundo de ideas y se tiene tanto miedo de que sean verdaderas que no se atreve una á creer que sean falsas... Cuando la señora Ariosti empezó á hablar, me aterró. Está mal hecho, pero no siempre se es dueña de su propio pensamiento... Pensé que los más hábiles concedores pueden equivocarse. Me acordé de la tiara del Louvre que mi padre le citaba anteayer. ¿Y si Jorge se hubiera equivocado?... Sentí de antemano toda la pena que por ello tendría. ¡Y se trataba de mi padre! ¡lo conozco bien! Temí un conflicto con mi novio. Bien puedo decirselo todo, señor Monfrey, aunque sólo sea para explicarle cómo me he atrevido á dirigirme á usted.



ted y para que no me juzgue mal... Cuando mi primo pidió mi mano, mi padre no consintió en seguida. Han sido precisos muchos días para decidirle. En ciertos momentos he creído comprender que se arrepentía de su consentimiento... Pero habré soñado. ¡Dios! ¡Qué contenta estoy! ¡Ah señor Monfrey! Acaba usted de quitarme un peso del corazón... ¡Gracias y perdóneme!

Usted ha ido á Venecia, señora, y visitado la capillita de San Jorge de los Esclavones decorada por Carpaccio. ¿Si? Hemos hablado un día de ella. Fué en el tiempo en que empezaba mi favor, cuando lo nuevo de mi relación le daba á usted una poca de indulgencia para mi pobre persona. Entonces no me buscaba usted querella. ¿Se acuerda usted del *panneau* donde el Santo está representado arrojándose sobre el dragón con la lanza baja? ¡Qué inmensa alegría en el arranque! ¡Qué soltura! Es que no tiene más que volverse para ver encadenada á la roca á la princesa á la que ha jurado libertar. Al contrario, ¡qué torpeza, qué poca habilidad en la pintura de al lado donde se le ve, junto al dragón muerto, estúpida-mente embarazado con su monstruosa víctima que no sabe cómo arrastrar! Guardando las proporciones, desde luego, me encontré cuando se marchó la señorita Boudrón, y enfrente de la acción que acababa de cometer por ella, tan entorpecido como el San Jorge del maestro veneciano después de su hazaña. Mentir á esta encantadora niña, cuando se trataba de borrar la huella de angustia señalada entre sus rubias cejas, había sido para mí un bien leve esfuerzo. Mentir á su padre cuando llegáramos á encontrarnos frente á frente, ya sería más difícil. Pero el apuro residía en otra parte. No había mentido por mí solamente, sino también por Varegnana. La comedia que acababa de representar en interés de la muchacha, necesitaba, para conseguir el éxito, la complicidad del gran señor, y de ésta no me hallaba muy seguro. La señora Ariosti había designado al padre de Cristina el dueño del Leonardo desbautizado. Lo había hecho por suprema audacia, pensando que ni el conde ni yo nos calláramos y prefería prevenir la denuncia á fin de desbaratarla mejor. De todos modos, hubiera sido imposible que no llegasen á conversar acerca del supuesto Cristóforo y de la compra

hecha por Kennedy. Era aun más cierto ahora. No eran precisos ni este encuentro ni esta conversación para que el señor Boudrón fuese advertido de la opinión del conde, acerca del falso Cristóforo. « ¡Milán entero sabrá mañana lo que ocurre!... Su infamia será conocida... » Estas frases del viejo hidalgo las estaba oyendo todavía. ¡Á mí me tocaba ahora sentir, ante la catástrofe inminente, el terror que poco antes había impulsado hacia mí á la novia del intempestivo crítico de arte, sorprendido en flagrante delito de una asnería tan épica! Un detalle aumentó la inquietud despertada de repente en mi corazón, porque la lástima hacia la joven me había cogido por entero. En el mismo momento en que Cristina subía otra vez en el ascensor, noté que un criado bajaba la escalera con una carta en la mano. Dirigió algunas preguntas en el despacho y avisaron un coche para él. Pregunté al conserje si aquel hombre era el ayuda de cámara del señor Boudrón. Su respuesta afirmativa cambió en certidumbre mi duda. Este mensaje era para Varegnana. En el primer espasmo de irritación, el señor Boudrón había escrito al conde, ¿para qué sino para obtener de él la verdad acerca del cuadro que tanto había deseado comprar? Era la señal, entre paréntesis, de que Courmansel no se había equivocado en este punto. Con actitud de escepticismo, el señor Boudrón había creído profundamente en la autenticidad del Cristóforo. La carta la llevaban y no se mandaba por correo. Se debía, pues, esperar la contestación en el caso de que Varegnana estuviera en casa y así ocurría, pues me lo había prometido. Sin perder momento yo también llamé á un coche, y diez minutos más tarde bajaba ante el palacio de la calle de Bagutta. El *brumista* que me había precedido estaba aún esperando. Al entrar vi en la antesala al criado del señor Boudrón. No se había dado todavía la respuesta. Llegaba á tiempo.